

## JOSÉ ÁLVAREZ ALONSO: VIVENCIAS DEL OMAÑÉS QUE PROTEGE LA AMAZONÍA PERUANA

Entrevistadores:

Ana Calderón Reñón, Inocente González Salvadores,  
Ignacio Pérez García y Pablo Pérez García



José Álvarez Alonso es un leonés único, irrepetible, afincado en Perú, al que tuvimos ocasión de entrevistar en su última visita a su tierra natal el pasado verano. Biólogo, exagustino, director general de Diversidad Biológica del Ministerio del Ambiente de Perú, lleva la Amazonía en el alma y conoce sus secretos como nadie.

Campechano, franco, humilde, conversador amenísimo, destila sabiduría vital y ancestral por los cuatro costados, mientras relata fascinantes historias de esa Amazonía peruana que ha sido su pasión, su preocupación, y el objeto de su vida y trabajo diario desde hace décadas.

Ignacio Pérez García

*Pablo Pérez García (PPG): En 1983 viaja usted al Perú como agustino, y, según tenemos entendido, trece años después deja la orden y se centra en otros intereses que tienen que ver con la protección de la naturaleza y el tipo de vida de los indígenas amazónicos, promoviendo la creación de reservas. ¿Cuáles son las características de esas reservas? ¿Qué condiciones de vida tienen sus habitantes? ¿Sus niños van a la escuela?*

Hay varias reservas indígenas, que ahora las llaman «reservas territoriales». Las crea el Estado para proteger a los indígenas en aislamiento voluntario o «no contactados» y algunas están propuestas en lugares remotos donde hay ciertos indicios de que existen otros pueblos sin contacto con la civilización. Hay otras que se crean para proteger la diversidad biológica y los medios de vida de la gente. Una de las que

yo ayudé a crear, de más de 6 300 km<sup>2</sup>, está en una zona muy despoblada, en la que sólo viven indígenas no contactados en la cabecera del río, probablemente emparentados con los huaorani de Ecuador. Yo visité ese río dos veces, con mi hermano Suso y con indígenas que conocían la zona, evaluando principalmente la fauna, con la idea de hacer una propuesta de reserva, que ahora ya está creada y se llama Reserva Nacional de Pucacuro (Pucacuro es el nombre del río, que toma de una hormiga). Los pueblos aislados que viven en las cabeceras obviamente carecen de escuelas porque no tienen contacto con la civilización, pero la mayoría de los habitantes de la Amazonía peruana, unas 5000 comunidades, contando indígenas, mestizos y colonos, sí tienen actualmente escuelas, y además en las comunidades indígenas los maestros son bilingües, es decir, pueden enseñar en la lengua autóctona y en español. Hay 48 lenguas indígenas en Perú.

*PPG: ¿Y los maestros viven en los poblados, o se desplazan desde otros lugares?*

Los que son nativos sí suelen vivir de forma permanente en los pueblos; los mestizos tienen que desplazarse desde la ciudad, y ése es uno de los graves problemas que hay en la Amazonía, porque hay mucho ausentismo, tratan de pasar el menor tiempo posible en las comunidades. Los habitantes de estos pueblos amazónicos carecen de las comodidades de la ciudad. De luz eléctrica, por ejemplo, sólo disponen algunos núcleos grandes, y por un tiempo de una o dos horas al día, utilizando un generador de luz. Además, muchos pueblos están mal comunicados y tampoco resulta sencillo conseguir cosas básicas, como pan, arroz... Sólo disponen de los productos de

la zona: yuca, plátanos, pescado... Después está el problema de los insectos, que a la gente no acostumbrada les resultan molestísimos. Los que viven allí los soportan, pero para los de fuera pueden llegar a ser una tortura. Además de aguantarlos mejor, los indígenas conocen algunos sistemas para defenderse de ellos. Por ejemplo, para la mosca de la arena es eficaz pintarse el cuerpo de negro con el fruto verde del *huito* (*Genipa americana*), pero un ciudadano jamás se va a pintar de negro como un indígena.

*PPG: ¿Cómo se realizan los desplazamientos entre los poblados? ¿Hay caminos?*

La mayor parte de los desplazamientos se hacen utilizando los ríos, en canoas, botes y lanchas a motor (esto en los ríos más grandes). En la selva alta, donde los ríos ya no son tan navegables, son más frecuentes los caminos y carreteras.

*Inocente González Salvadores (IGS): ¿Cuál es la población más importante de la zona amazónica del Perú?*

Es Iquitos, que es una de las ciudades más turísticas del mundo. Ha estado dos o tres veces en la lista de las diez ciudades más visitables del mundo en la guía de Lonely Planet. Es la única ciudad grande del mundo, de más de 400 000 habitantes, que no tiene comunicación vial; sólo se puede llegar por aire o por río. En ella viví muchos años. Está en medio de la selva y tiene problemas serios, como la escasez de trabajo. Además, está llena de motos, motocarros, que producen una alta contaminación sonora y del aire, lo cual choca más en una ciudad selvática...

*IGS: ¿Cuántos habitantes tiene?*

Se acerca a los 500 000. Es muy extensa porque casi todas las casas son individuales; no hay edificios multifamiliares de varios pisos. De todas formas, en cada casa suelen vivir varias familias, por lo que fue arrasada por la pandemia. Estudios recientes demostraron que es la primera ciudad del mundo en llegar a la inmunidad de rebaño, pues más del 79% de la población fue infectada por el COVID-19.

*IGS: ¿Cuándo se fundó Iquitos?*

La fundaron como una «reducción» los jesuitas, en concreto un padre español, en el siglo XVIII, y la llamó inicialmente San Pablo de Napeanos; estaba habitada por indígenas iquito y napeanos. Los colonizadores españoles solían colocar primero el nombre

de un santo, seguido del topónimo local. Luego lo llamaron «caserío de Iquitos» porque solo la habitaba este pueblo. En esa zona estuvieron los jesuitas hasta 1767 en que los expulsaron. Fundaron varias misiones y se conservan relatos de varios de ellos.



Vista aérea de Iquitos y el Amazonas.

*PPG: En Iquitos se encuentra un centro de los agustinos, al que usted se incorporó, como decíamos al principio, en 1983, ¿no?*

Sí, yo estuve los primeros trece años con ellos. Primero viví en la ciudad, luego fui el encargado de la misión en las cuencas de los ríos Tigre y Corrientes durante cinco años. Permanecí con los agustinos desde enero de 1983 hasta septiembre de 1996.

*IGS: ¿Las primeras iniciativas suyas para crear reservas de cuándo datan?*

De cuando todavía era hermano agustino. La Reserva del Pucacuro se promovió durante los años que yo viví allí, una zona a la que por cierto nunca he podido volver. Después ayudé a crear otras, ya con base en Iquitos; una de ellas muy cercana a la ciudad. En total ayudé a crear media docena de reservas por más de 2 500 km<sup>2</sup>. Esto fue a partir de 1996 hasta el 2012 aproximadamente.

*PPG: A la hora de plantearse crear una reserva, ¿a qué le daba más importancia, a proteger la naturaleza o a mantener las formas de vida locales?*

En el caso de la reserva de Pucacuro, por ejemplo, a lo que se le dio más importancia fue a mantener las formas y medios de vida de la población. Desde la comunidad de Intuto, que era mi base, hasta la frontera con Ecuador, toda esa zona de la cuenca alta del río Tigre, y su afluente el Pucacuro, constituía la reserva de recursos para las comunidades indígenas. Vivían

sobre todo de la caza y de la pesca, y hubo un momento en que me comentaron que entraban personas procedentes de Iquitos a cazar y pescar ilegalmente. En concreto, dos cazadores comerciales contrataban gente indígena mediante tratos leoninos, llevaban tres o cuatro cazadores en un bote, y durante el tiempo que permanecían en la zona, sobre veinte días, cazaban cientos de animales, los despierzaban y ahumaban, y podían llevarse en cada visita 600 o más kilos de carne seca, que vendían en Iquitos. Estas expediciones las hacían varias veces al año. Se dirigieron a mí varios indígenas quejándose de esto porque la caza empezaba a ser más escasa. Además, estos cazadores comerciales llegaban utilizando lanchas fueraborda a zonas a las que no podían acceder los locales con sus canoas. Yo les dije que les podía ayudar a crear una reserva comunal. Estuvieron de acuerdo y todos firmaron memoriales que remitimos junto con una propuesta técnica al gobierno regional, que en esos momentos tenía competencias para crear este tipo de reservas.



José Álvarez como misionero, en una comunidad del río Tigre (San Andrés) hacia 1992 o 1993.

Además de hacer esta gestión, denuncié a los cazadores ante la policía. Me acuerdo de sus nombres: uno se llamaba Ibáñez y el otro Alvis. Este último me dijo que no tenía problema en dejar la caza furtiva, porque podía dedicarse a otra cosa; pero el otro, Ibáñez, juró vengarse. Lo curioso fue que a los tres meses me llegó la noticia de que Ibáñez había muerto de manera extraña, de «daño», como dicen allí. Se referían a que un brujo malo, un *manllaybak*, como les llaman, le había lanzado una maldición. Como se sabía que Ibáñez había recurrido a otro brujo, que es algo que se suele hacer cuando se pretende «dañar» a alguien, la conclusión fue que mi brujo (porque supuestamente yo tenía un brujo) era más poderoso que el suyo. Por eso a partir de ese momento empezaron a tenerme más respeto, lo que creo que también influyó en que absolutamente todos firmaran los memoriales y resultara más fácil crear la reserva.

*Ignacio Pérez García (IPG): Lo pasaría muy mal esos tres meses, porque esas amenazas suelen ir en serio.*

No te imaginas. Aunque yo tuve varias amenazas, y ésa no fue la más grave. En una ocasión, me informaron de que venían tres o cuatro botes a pescar a la zona con grandes redes, de manera ilegal. La gente estaba molesta, porque ya escaseaba el pescado, y como yo tenía amigos en la Dirección Regional de Pesquería en Iquitos, por radiofonía me puse en contacto con ellos y con la policía, y me confirmaron que no estaban autorizados. Entonces, los locales colaboraron con la policía para establecer piquetes de vigilancia e intentar detener a los botes ilegales. Uno de ellos, cuyo patrón creo que se llamaba Flores, se les escapó una madrugada, y los que estaban de guardia los persiguieron en otro bote. El caso es que en una de estas operaciones mataron a un policía, y era la época en la que había muchos problemas con el terrorismo. Los acabaron deteniendo, los interrogaron y los llevaron a Iquitos, y la noticia salió en muchos medios de comunicación. Por eso, los que se dedicaban a esa pesca ilegal pusieron precio a mi cabeza, porque me consideraron el principal responsable. Eso ocurrió en el 92 o 93, y yo estuve casi un año sin bajar a Iquitos porque me avisaron que me estaban esperando.

Luego me llegó la información de que el encargado de matarme era un tal Santiago Alves, que también se dedicaba a la pesca ilegal. Este hombre sí era peligroso; llevaba siempre pistola y se decía que había matado a alguien. Yo lo conocía porque en el año 87, en que vino a visitarme mi hermano Suso, habíamos estado en la reserva nacional Pacaya Samiria y coincidimos con él, cuando estaba pescando ahí. Cuando me dijeron que venía en un bote a Intuto con intención de matarme, me acerqué al puerto, lo vi llegar en su lancha David, y lo saludé: «Hola Santiago, seguro que te acuerdas de mí, nos conocimos hace unos años. Creo que tenemos que conversar de algunas cosas, ¿verdad?». El caso es que lo invité a la casa de la misión, le ofrecí un café y unos bollos leoneses que hacía allí, aunque no tenía los ingredientes adecuados. No llegó a confesarme que le habían encargado matarme, pero después de esa conversación terminó dándome la razón de proteger de los pescadores ilegales la cuenca del Tigre, y pasado el tiempo llegamos a ser muy amigos. Él se acabó convirtiendo en un conservacionista. Ahora tiene en Iquitos unas *piscigranjas* en las que cría peces, entre ellos esos enormes peces amazónicos, los paiches. Acabó admitiendo que había sido un depredador; que se arrepentía de haber colaborado a extinguir en el río Tigre a los paiches y a otro pez que es como una piraña gigante, que allí

le dicen gamitana, y en Brasil tambaqui, y predicaba ahora que había que conservar los ríos... Escribí y publiqué luego un artículo sobre su historia, que titulé «El cazador de paiches».

*IPG: ¿El tambaqui es el arapaima?*

No. El arapaima es el que allí llaman paiche. Este puede pesar hasta 200 kilos, pero el tambaqui o gamitana sólo llega hasta 30 o 40. Alves estaba convencido de que utilizando sus grandes redes había acabado con este pez en el río Tigre, y estaba arrepentido. Me dijo que hacíamos muy bien en conservar la naturaleza, que ahora él se dedicaba a la acuicultura. Con bastante éxito, por cierto, pues tiene un restaurante donde vende platos de los peces que él mismo cría...

Un tiempo después, cuando yo estuve dando clases en Iquitos, uno de sus hijos era alumno mío. Un día le dije: «Oye, sácame de una duda, ¿tu padre te contó alguna vez que le hubieran comisionado para matarme?». «Sí –me dijo–, me lo contó». En aquel momento, Alves ya había dejado la pesca ilegal y estaba, digamos, en proceso de conversión hacia una actitud conservacionista. Ya era una persona madura, de unos 60 años o más.



Pepe con su hermano Suso, durante el primer viaje al río Pucacuro (1991).

*Ana Calderón Reñón (ACR): ¿Cuál es la esperanza de vida en la Amazonía peruana?*

Puede ser de unos 70 años. Pero este dato es muy engañoso, porque la mortalidad infantil es muy alta, por lo que baja la media. El que llega adulto vive bastantes años, aunque también es cierto que cuando llegan los achaques, muchos se van a la tumba por falta de asistencia médica adecuada. La persona que llega a 90 años es porque tiene una salud de hierro.

*PPG: ¿Había en los años en los que ayudó a crear reservas muchos lugares adecuados para ello? ¿Que características tenía la protección que garantizaban esas reservas?*

En Loreto, que es la región cuya capital es Iquitos y en la que viví tantos años, cuando nos planteamos crear zonas protegidas, a mediados de los años 90, sólo tenían una reserva, y eso que el tamaño de Loreto es muy grande: unos 368 000 km<sup>2</sup>; como 2/3 de la superficie de España. Por tanto, había muchos lugares adecuados para crear reservas y además no existía el rechazo actual de algunas empresas con intereses petrolíferos, madereros o de otro tipo. También había y hay muy buena disposición por parte de las organizaciones indígenas locales para crear reservas. Sin embargo, las organizaciones indígenas nacionales, mucho más ideologizadas, ya no están tan a favor. Nuestra idea actual es proteger zonas en las que los indígenas cazan y extraen recursos, aunque estén lejos de sus comunidades; zonas que llamamos «tierra adentro». Ellos viven en las riberas de los ríos, y son titulares de un área relativamente cercana a su lugar de residencia, pero el resto es tierra libre; no es propiedad de nadie. Se ha calculado que en la Amazonía peruana todavía quedan 22 millones de hectáreas que no tienen dueño. Por eso ahora estamos buscando algún tipo de figura en la que se dé la confluencia de intereses; es decir, que se cumplan los compromisos del Perú de conservación de los bosques y la biodiversidad, y que los indígenas puedan manejar los recursos y generar ingresos, y consideren que han recuperado parte de los derechos ancestrales sobre sus territorios, pero de una manera que le resulte aceptable al gobierno peruano.

*PPG: Toda esa zona de la Amazonía peruana, ¿está muy occidentalizada? Quiero decir, ¿saben español, son cristianos...?*

Sí, buena parte de ellos están muy aculturados. Tuvieron mucho contacto con occidentales cuando en el territorio se explotó el caucho, se extrajo madera, se cazaron animales por sus pieles... Los indígenas ya desde los tiempos en que se instalaron los misioneros jesuitas y franciscanos estuvieron muy interesados en algunos bienes occidentales. Por ejemplo, las hachas de acero y los machetes, que resultaban muchísimo más eficaces que sus instrumentos de piedra. Existen algunas comunidades indígenas que, aunque no se han mezclado con occidentales, hablan español y no reivindican ninguna identidad especial, por así decirlo. Por ejemplo, muchos de los kukama. Últimamente, sin embargo, empieza a haber movimientos de este tipo,

que rechazan lo occidental y reclaman el reconocimiento de su origen autóctono. Los que viven en zonas más alejadas, por ejemplo los achuar, que pertenecen al pueblo jíbaro, esos sí mantienen casi intacta su identidad indígena y conservan sus propias lenguas.

*PPG: Y en cuanto a creencias, ¿la mayoría son cristianos?*

Están cristianizados, pero de manera muy superficial. En cualquier caso, depende mucho de las zonas. Por ejemplo, en los últimos 30 o 40 años han entrado muy fuerte los evangélicos, sobre todo pentecostales; también se han introducido en algunos territorios los bautistas vinculados con el Instituto Lingüístico de Verano. Por ejemplo, los achuar, que están en el alto Corrientes, son ahora bautistas, y tienen todo lo relacionado con la religión muy reglamentado. Sin embargo, los territorios tradicionalmente católicos sufrieron la escasez de curas, de manera que cuando yo llegué a algunas de estas zonas resultaba difícil encontrar indígenas bautizados de menos de 15 o 20 años. Pero a pesar de esta cristianización, las creencias animistas siguen siendo muy fuertes. Mantienen algunas curiosas. Por ejemplo, utilizan un árbol que llaman lupuna colorada, que tiene una gran barriga en la parte baja del tronco, para ciertos rituales de magia. Ellos creen que ese árbol tiene un espíritu que lo protege, que puede ser benigno o maligno. Si quieren provocarle un mal a alguien, le abren un hueco con un machete, introducen una prenda de la persona a la que quieren causarle el mal, y piensan que cuando el árbol acaba cerrando este hueco esa persona muere.

Voy a contar otra anécdota relacionada con esto. Yo organizaba cursos de capacitación a los «promotores de salud» (sanitarios indígenas) durante las vacaciones de los niños del colegio de Intuto, a los que llevábamos a sus comunidades de las cuencas altas de los ríos Tigre y Corrientes. Un día subíamos en un bote por el río, y paramos al lado de una comunidad a recoger una cosa que se nos había olvidado. Entonces vi al brujo de esa comunidad, Armando Tapui, al que saludé. Más tarde llegamos a la última comunidad en el alto Tigre, que creo recordar que se llama Doce de Octubre. Al día siguiente, uno de los chicos que venía con nosotros, que era uno de los alumnos, de unos catorce años, se puso gravísimo, según me dijo la enfermera que venía conmigo. Lo fuimos a visitar, y efectivamente estaba muy mal, con convulsiones muy fuertes y echando espuma por la boca. Entonces, su madre nos contó lo que el chico le había dicho: al pasar por la comunidad donde vimos al brujo, éste le lanzó con una cerbatana (imaginaria) un dardo (tam-

bién imaginario), creencia muy común entre los indígenas. Sintió inmediatamente un dolor en la pierna, y quedó convencido de que le había hecho «daño» el brujo. Yo le dije a la enfermera que era evidente que lo que le ocurría era consecuencia de la sugestión, por lo que le propuse hacer lo siguiente: ella le pondría una inyección de agua destilada diciéndole que era un medicamento muy eficaz; y yo le intentaría convencer de que con el Evangelio (él era evangélico, no católico) podíamos anular el maleficio del brujo; porque, lógicamente, Dios era mucho más poderoso que él. Lo hicimos así y al día siguiente el chico estaba completamente sano.

Curiosamente, unos años después me enteré de que Armando Tapui, que, por cierto, era un brujo bueno, de los que llaman *banku*, es decir, más conocido por curar que por hacer «daño», estaba grave en un hospital de Iquitos a consecuencia de un derrame. Fui a visitarlo, y le dije: «Don Armandito, ¿cómo es que usted, que ha curado tanta gente, no es capaz de curarse a sí mismo?». Me respondió: «*Uauquisito* (hermanito), yo sé curar *airaditos* [las personas a las que les ha dado un «aire»; es decir, han sufrido un mal de ojo], pero esta enfermedad que yo tengo es una enfermedad de Diosito y no la sé curar». Como veis, él era perfectamente consciente de sus límites. Fue una respuesta que me impresionó.



Comunidad nativa. Río Tigre.

*PPG: Las reservas que usted ayudó a organizar en los años 90, si hubiera que crearlas en la actualidad, ¿sería posible?*

Desde luego, tan grandes no. Tampoco con la facilidad con la que se crearon. Hay que tener en cuenta que el Estado ha otorgado, por ejemplo, quince millones de hectáreas para concesiones a empresas madereras. Existen los bosques que llaman «de producción permanente», que están reservados para concesiones madereras. También hay intereses petroleros, y además a las organizaciones indígenas ya no les conven-

ce la figura de la reserva; ahora quieren ser ellos los titulares, no se conforman con los derechos de uso de recursos que adquieren sobre estas zonas protegidas. Aunque esta actitud, como dije antes, es más propia de las organizaciones indígenas nacionales; las locales todavía mantienen una disposición ante esto parecida a la de los años 90.

Cuando promovemos la creación de una reserva, intentamos convencer a los indígenas de que el bosque que vamos a proteger es su mayor riqueza y deben conservarlo. Van a tener derechos exclusivos sobre él; podrán cazar y obtener otros muchos recursos, pero no deben talar árboles ni dejar que nadie lo haga. Digo esto porque, como ellos no tienen acceso al mercado, he sabido de casos como el de vender una caoba de 500 años por 20 o 30 euros, o incluso supe de ocasiones en que las llegaron a vender por cuatro kilos de azúcar (en el Yavarí, frontera con Brasil).

Además de esto, les hemos intentado convencer de realizar lo que llamamos «bionegocios» con base en los recursos del bosque: por ejemplo, cosechar y vender frutos para fabricar bebidas, objetos de artesanía, carne de monte manejada... De la reserva Pucacuro, por ejemplo, obtienen carne de ciertos animales silvestres permitidos, que luego se consume en restaurantes de Lima. Estos animales se cazan con planes de manejo aprobados por la autoridad competente. Un famoso cocinero de esta ciudad se puso en contacto con el Servicio Nacional de Áreas Naturales Protegidas y después de obtener el permiso adecuado se fue a hablar con los indígenas para explicarles cómo tenían que preparar la carne para luego enviarla a restaurantes *gourmet* de Lima.

*IPG: Volviendo al asunto de los chamanes y brujos, ¿es cierto lo que he leído en algunos libros de que hay noticias que circulan a través de la selva de forma inexplicable?*

Sí, yo he escuchado historias sobre eso a veces increíbles. Hay un libro que a mí me resultó interesantísimo, que se titula *La serpiente cósmica*, cuyo autor es un suizo llamado Jeremy Narby. En él se habla de una planta, la ayahuasca, que es una liana, y que parece que actúa sobre las moléculas del cerebro, permitiéndote por ejemplo saber cuál es la planta que tiene las propiedades curativas que te interesan entre varias decenas de miles de especies. Porque es imposible averiguar eso a base de experimentar, probando con todas; necesitaríamos miles de generaciones de seres humanos.

Los habitantes de la Amazonía me dicen que eso lo saben porque las plantas les hablan. Una vez visi-

té a una persona que se apellidaba Cardoso, que era indígena, aunque tuviera apellido español. Me contó que una vez estuvo muy enfermo, a punto de morir-se. No comía y nada le hacía efecto. Entonces vio en sueños a una «madre» de la selva, un ser negro, que le habló y le informó de cuál era la planta que le podía curar y dónde encontrarla. Le dijo su mujer que fuera a buscarla, y que se la preparara para poder tomarla. Así lo hizo, y al día siguiente estaba completamente curado.



José Álvarez explorando el Pucacuro.

*IPG: Sí, son cosas que parecen increíbles, pero ocurren, y parecen tener que ver con una especie de percepción extrasensorial. Yo he leído, por ejemplo, en algún libro sobre la Polinesia historias de barcos que se pierden en el mar, y acaban llegando una isla cuyos habitantes sabían que venían; los estaban esperando. O en el Himalaya, que el lama diga que está a punto de llegar una persona que viene desde un lugar distante muchísimos kilómetros, y efectivamente esa persona aparece en el monasterio, tal como él había predicho. Y este tipo de cosas suceden en todos los lugares del planeta; en la selva también. Yo creo que en muchos casos intervienen de alguna manera los chamanes, o como se llamen en cada zona.*

Yo, desde luego, estoy convencido de que poseen algún tipo de percepción extrasensorial; que tienen comunicación con un mundo que nosotros no podemos imaginar. He estado en alguna sesión con brujos, y he acabado sobrecogido. Tienen una sensibilidad extrema para con los «espíritus de la selva». Inicialmente, como biólogo, dices: «esto no puede ser»; pero después empiezas a dudar.

*PPG: En 1983, cuando usted viajó a Perú por primera vez, ¿pensó en otros países, o tuvo claro que ese era el lugar al que quería ir?*

Yo quería salir de España y visitar otros países, como es corriente en personas de la edad que tenía yo entonces: 24 o 25 años. Me ofrecieron dos posibles destinos: Tanzania, en África, o Iquitos, en Perú. Y como desde muy joven tenía mucha afición a las aves y era miembro de la Sociedad Española de Ornitología, no tuve muchas dudas en elegir la Amazonía.

Había acabado Filosofía y Teología en Valladolid, y quería estudiar Biología, con lo que al poco tiempo de llegar de Iquitos me matriculé en la universidad. Después, cuando dejé los agustinos hice la Maestría o *Master Degree* (que es algo que no tiene un equivalente exacto aquí; está entre un máster y un doctorado) en Estados Unidos, en la Universidad Estatal de Luisiana (en Baton Rouge).

*IPG: ¿Qué opina sobre la posible existencia de animales gigantes, especialmente serpientes, en las selvas del Amazonas? Yo he leído algo sobre un explorador, Fawcett, que aseguraba haber visto una anaconda de diecinueve metros.*

Sí, es verdad que los indígenas te cuentan muchas historias sobre animales gigantes. Especialmente sobre los *yacurunas*, que son seres mitológicos que viven bajo el agua, y sobre la *yacumama* y la *sachamama*, que supuestamente son dos tipos de boa gigante, una es la madre del agua (*yacu*) y otra de madre de la tierra (*sacha*). Pero yo he vivido muchos años en la selva y nunca he podido verificar ninguna de estas historias; jamás se ha visto ninguna foto ni se ha encontrado ningún resto de esos supuestos animales enormes.

Puedo contar también que cuando yo estaba trabajando en Iquitos en el Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana, sobre el año 97 o 98, salió la noticia de que una anaconda de más de 40 metros había sido vista por más de 400 personas, en una comunidad bastante cerca de la ciudad. Fue un asunto que le interesó mucho al alcalde de Iquitos porque era algo que podría atraer turismo. Por ese motivo se convocó a la prensa, vinieron hasta periodistas de Lima, y a mí como biólogo me pidieron que fuera con una comisión creada al efecto, en una de las dos avionetas fletadas, hasta el lugar del presunto avistamiento. Yo ya sospechaba que tenía que ser un fenómeno natural, que ya había visto en cierta ocasión en el río Tigre. Cuando mi avioneta se acercó lo suficiente, pude confirmarlo: se trataba de zonas inundadas y con mal drenaje, pantanos dominados por unas palmeras llamadas «aguajales», en las que se acumulaba mucha materia orgánica

sobre la que crecía vegetación flotando sobre el agua. Después de muchas horas de lluvia, esta especie de pantano empezaba a drenar hacia el río Amazonas, de manera que toda esa acumulación de materia orgánica, con vegetación y palmeras encima, se movía y escurría hacia el río por un canal, recordando a una serpiente gigante.

Por lo que yo sé, nunca se ha visto una serpiente de más de 9 metros.



Aguajal.

*IPG: ¿En alguna ocasión ha visitado lo que se conoce como «bosque nublado»? ¿Puede haber en él especies de aves no conocidas?*

Sí, he estado en esos bosques muchas veces. Lo que ocurre es que pertenecen a la selva alta, y yo conocía el «lenguaje» de las aves de la selva baja. Hay pocas especies de aves comunes a la selva baja y a la selva alta, y yo me familiaricé con las primeras, de manera que cuando visité los bosques de arena blanca, que pertenecían a la selva baja, cuyo lenguaje, como digo, me resultaba conocido, pude detectar los cantos que mi oído no reconocía, que acabaron confirmándose como especies nuevas.

En cambio, el «lenguaje» de la selva alta era totalmente desconocido para mí. Si en esos bosques existen especies de aves no descritas por la ciencia, yo no tenía ni tengo la capacidad necesaria para descubrirlas. Tienes que familiarizarte con todos los cantos, y eso lleva mucho tiempo; en dos o tres días de trabajo, que es el tiempo que yo pasaba normalmente en las visitas que hice, es imposible conseguirlo.

En cualquier caso, la selva alta ha sido mucho más estudiada gracias a su accesibilidad por carretera. Yo encontré estas especies nuevas en los bosques de arena

blanca, porque tenían unas particularidades (las describí en el artículo del número anterior de la revista) que permitían la existencia de especies adaptadas a esas condiciones específicas. Fue una suerte, porque a nadie se le había ocurrido que esas particularidades fueran suficientes para albergar especies desconocidas de aves. Además, me di cuenta de que esos bosques, que ya sabía que existían en el alto Tigre, también se podían encontrar cerca de Iquitos, donde yo viví luego muchos años. De hecho, parte de la ciudad está sobre un antiguo bosque de arena blanca.



Niña indígena uranina con perezoso (*Bradypus variegatus*).  
Alto Corrientes.

*PPG: Antes, al hablar de los «bionegocios», citó usted la comercialización de frutos para elaborar bebidas. ¿Nos puede contar esto con más detalle?*

Hay que partir de una cuestión: está claro que los indígenas aspiran y tienen derecho al desarrollo. Ellos quieren poseer bienes occidentales: pantalones, camisas, zapatos, móviles, radio, televisión... Pero claro, sus recursos proceden de la selva. Por ese motivo, en el pasado vendieron animales que cazaban, extinguiendo casi a algunos; y también pescado, madera... Después algunos empezaron a alquilar sus terrenos a colonos, que cultivaban café, papaya, cacao... Por eso, mis primeras ideas para hacer compatible la conservación del medio ambiente y su derecho al desarrollo fueron convencerles de que criaran cerdos (allí les dicen «chanchos») y gallinas; y también que, en vez de pescar los peces, los criaran en piscigranjas (piscifactorías familiares). Fueron años de fracasos, y me acabé dando cuenta de que esas actividades no encajaban con su cultura, con la relación ancestral que tenían con el bosque. Ellos siempre habían cazado y recolectado, por lo que había que encontrar algo que

estuviera más relacionado con esas costumbres tradicionales.

Entonces empezamos a pensar en lo que acabamos llamando «conservación productiva»: ayudar a la gente a generar recursos económicos del bosque conservándolo; sin destruirlo. Comenzamos con artesanías, creando cooperativas de mujeres en algunas de las reservas cercanas a Iquitos. Estos objetos artesanos se venden en Lima, por ejemplo, pero también se exportan a Estados Unidos. Muchos se hacen con fibras de palmeras, y algunos son bellísimos. Eso fue el comienzo de una economía más armónica con las costumbres de la gente y que no resultara agresiva con el bosque. Pero esta actividad tenía bastantes limitaciones: podías dar trabajo sólo a unas pocas familias, y además el mercado era restringido.

La idea de los frutos surgió de la siguiente manera: un día me llamó mi jefe, el viceministro del Ministerio del Ambiente del Perú, y me comentó que iban a tener un almuerzo de trabajo con representantes de la empresa AJE, que es de unos descendientes de españoles que comenzaron en los años 90 envasando gaseosa en la ciudad de Ayacucho, durante el terrorismo. Ahora esta sociedad es una multinacional con presencia en veintitantos países; la más multinacional y una de las más grandes del Perú. La persona con la que nosotros hablamos, un madrileño que es director en la empresa, nos informó de que habían creado una dirección de sostenibilidad, después de convencer a los propietarios de que esto era fundamental en una empresa moderna. Venía a hablar con el Ministerio del Ambiente para intentar encontrar alguna actividad que sirviera para colaborar en la protección de la Amazonía peruana.

Nos preguntaron en aquel almuerzo si teníamos alguna idea. Yo les dije que en mi opinión la mejor forma de favorecer la conservación de la Amazonía era ayudar a las comunidades indígenas a encontrar mercados para productos obtenidos de la selva de manera sostenible. Como la empresa era de bebidas, se trataba de pensar en algún producto de la jungla del que se obtuviera un jugo que pudiera tener éxito en el mercado. Yo les hablé de frutos amazónicos abundantísimos de los que se sacaban bebidas riquísimas y los acompañé luego a visitar la selva. Son frutos que las propias comunidades pueden cosechar sin alterar el bosque. Algunos se encuentran en pantanos que llamamos «aguajales», dominados por la palmera del «aguaje», que sobrevolamos; son pantanos que se pueden extender en superficies enormes; en total en Perú ocupan más de seis o siete millones de hectáreas (60 000 km<sup>2</sup>). Hay que recordar que la provincia de León, por ejemplo, tiene 15 000 km<sup>2</sup>; o sea, 1,5 millones de hectáreas. Además de ser sabrosísimos, esos



frutos son récord mundial de provitamina A (beta caroteno); y también tienen mucha vitamina E, D y C. Pero había un problema, y es que son frutos muy perecederos. Había que lograr sacarlos de la selva sin que se malograsen y que la bebida obtenida a partir de ellos no alterara sus propiedades naturales, sus valores nutricionales, su sabor..., y hacerlo sin recurrir a añadidos químicos. Era algo que no iba a resultar fácil, pero lo consiguieron. Y se consiguió hasta donde sé gracias a una empresa alemana, pero después de tres años de experimentos. Además, la bebida que han acabado comercializando tiene un sabor muy parecido al de esos frutos cuando están frescos; y sin conservantes, azúcares añadidos... Por eso la aceptación en el mercado ha sido espectacular.



Frutos de aguaje.

IGS: ¿Es muy dulce?

Es algo dulce, pero no excesivamente. No empalaga.

ACR: ¿Cómo había dicho que se llamaba el fruto?

Nosotros en Perú lo llamamos aguaje, pero también es conocido en otros países amazónicos como moriche, *buriti*, *morete*... Su nombre científico es *Mauritia flexuosa*. En Brasil también tienen muchos millones de hectáreas de formaciones naturales con esa especie. Y es un caso muy raro en el mundo, porque es un producto natural, no cultivado, pero tan abundante que no es necesario cultivarlo para abastecer el mercado. Además, los humedales donde se encuentran estos árboles que tienen como fruto al aguaje son ricos en carbono en forma de turba bajo el suelo, más de 500 toneladas por hectárea. Realmente es algo con lo que se consigue lo que los ingleses llaman *win win situation*, es decir, una situación en la que todos ganan: ganan los ecosistemas y la biodiversidad; gana

el planeta en la lucha contra el cambio climático, porque conservan un gran *stock* de carbono; ganan las comunidades locales, porque pueden vender algo sin cambiar su estilo de vida ni alterar su bosque; y gana el consumidor, con productos de altísima calidad...

ACR: Y la recogida de estos frutos ¿es una actividad comunal?

Sí. Además, hemos conseguido que la empresa se comprometa a comprar los frutos solo a las comunidades que conservan los bosques y están asesoradas por nosotros, de manera que sólo negocian con aquellas comunidades que tienen permiso del Servicio Nacional de Áreas Protegidas, del Ministerio del Ambiente, y que están adecuadamente informadas y capacitadas sobre cómo realizar esta actividad. Es por tanto un modelo muy bueno, porque permite que la venta de un producto, un recurso, que es deseado por los consumidores, que beneficia su salud y que además es riquísimo y contribuye a la salvación de la Amazonía. El consumidor sabe que comprando eso está favoreciendo la conservación del bosque amazónico y de las culturas que lo habitan. En el futuro estamos pensando llegar a tener un QR que a través de tu móvil te diga de qué comunidad viene ese producto; que tú puedas entrar en una página web, y saber el lugar georreferenciado del que se obtuvo el producto, la imagen del indígena que lo recolectó...

PPG: ¿Cuánto tiempo hace que se comercializa?

En Perú, desde hace un año y medio aproximadamente. Inicialmente, nosotros pensábamos que el producto que se iba a obtener de ese fruto iba a tener un planteamiento *gourmet*, como *delicatessen*, al ser totalmente natural y con extraordinarias cualidades; pero no ha sido así. Lo han conseguido comercializar a un precio muy bajo y de consumo masivo; en parte porque la empresa está especializada en competir por precio, y no gastan casi nada en publicidad, y porque los dueños tienen una orientación social. En los supermercados del Perú se vende a unos 0,5 euros la botella de 300 ml, y aunque hay que tener en cuenta que una botella de Coca-Cola cuesta 0,25 euros, al ser una bebida con todas esas características y cualidades que acabamos de comentar, la demanda es enorme. A mí me han comentado en algunos supermercados que se les acaba enseguida.

PPG: ¿Cuándo llegará a España?

Va a tardar algo por el problema del *novel food*, que es un certificado que exige la Unión Europea

cuando una empresa pretende vender un producto alimenticio nuevo, que nunca se haya vendido antes. Si consiguiéramos demostrar que alguna bebida u otro producto comercializado antes de la fecha establecida por las autoridades comunitarias (mayo de 1997) tuviera entre sus ingredientes el aguaje, entonces sería mucho más fácil y rápido, porque no nos exigirían ese certificado. En caso contrario, existen tal cantidad de análisis, pruebas, certificaciones..., que el conseguir el *novel food* se convierte en un proceso lentísimo y caro. Se va a enviar primero al mercado norteamericano, en que ya se han cumplido todos los trámites para comercializarlo, y las expectativas son muy buenas; sobre todo, teniendo en cuenta que la demanda de este tipo de productos naturales últimamente es altísima en ese mercado.

*ACR: Y de ese precio de venta, ¿qué parte perciben los indígenas?*

Es difícil de calcular. Nosotros les aconsejamos a la hora de negociar con la empresa tomar como referencia el precio al que se vende en el mercado un saco de 20 kilos de estos frutos, que suele oscilar entre 15 y 20 soles (un sol equivale a 0,25 euros, más o menos). Les dijimos que le pidieran algo más de ese precio; tres o cuatro soles sobre él. Pero decidieron no hacerlo; hablaron entre ellos (los dirigentes de las comunidades implicadas), y acordaron pedir un precio refugio; es decir, un precio seguro, que les diera garantías de venta al margen de las variaciones del mercado. En cualquier caso, quizá lo ideal fuera que existieran plantas de transformación del fruto, plantas pulpeadoras, en sus territorios. En el futuro podría llegarse a eso, y en ese caso de las comunidades indígenas obtendrían mucho más rendimiento económico de esta actividad. Incluso podría llegarse a más, que sería en mi opinión lo ideal: que ellos fueran socios del negocio. Pero hay que tener en cuenta que los indígenas todavía son en buena medida cazadores y recolectores, y lo son desde hace miles de años, con lo que convertirlos en «industriales» puede llevar mucho tiempo.

*PPG: Teniendo en cuenta las cualidades del producto y su precio, lo esperable es que la demanda aumente muchísimo con el tiempo, ¿no?*

Sí, pero la estrategia es proveer sólo lo que produzca el ecosistema. Desde luego no se piensa en llegar a enormes cantidades, por lo que la idea para la venta en Estados Unidos es utilizar internet, porque en ese país la norma cuando se introduce un nuevo producto es saturar el mercado, y en ese caso habría que producir unos volúmenes enormes, que es algo que, por lo

que acabo de decir, descartamos. Se había comenzado el proyecto con unas diez comunidades, aunque ahora ya son treinta o cuarenta, y eso permitiría abastecer un mercado de unas decenas de miles de personas, no de millones. Además, no existe solamente esta limitación: las condiciones acordadas establecen que sólo se coseche el diez por ciento de los frutos el bosque manejado, de manera que el resto quede disponible para la fauna silvestre.

La empresa, por otra parte, aceptó costear la monitorización de la fauna en las zonas donde se recolecta el fruto, para asegurarnos de que no suponía una alteración importante. Hay que tener en cuenta que en los últimos tiempos, debido a la sobrecarga y a las inundaciones más frecuentes provocadas por el cambio climático, la fauna que se alimentaba de estos frutos ha disminuido muchísimo, de manera que la cantidad de ellos que se pudre en el suelo del bosque es muy grande, con lo que la mayor parte de ellos se desperdician.

*PPG: Cambiando de tema: ¿cómo está el problema de la deforestación de la Amazonía? ¿Ha aumentado o disminuido en los últimos tiempos?*

En la Amazonía peruana ha bajado un poco en los últimos años; aunque no demasiado. De unas 150 000 hectáreas deforestadas en promedio anualmente hemos pasado a unas 148 000. Aunque sea poco, lo importante es que pueda indicar una tendencia, y no nos ocurra como en Brasil y Colombia, que son países en los que la deforestación está descontrolada. Lo que está claro es que, si existieran muchas más empresas como la de la bebida de aguaje, que llamamos empresas de tipo B, es decir, las que tienen sensibilidad ambiental y social, mejoraría mucho el problema de la deforestación y en general todos los aspectos que tienen relación con la conservación del ecosistema amazónico. Porque está claro que son descartables los planteamientos utópicos, que parten de situaciones no realistas, como que los indígenas viven en un paraíso verde y no necesitan nada del exterior. Por ejemplo, es un hecho que las comunidades indígenas están conectadas con el mercado desde hace generaciones; eso hay que aceptarlo, y tratar en consecuencia de que esta conexión mejore. Si pasas de cortar una caoba centenaria y venderla por un precio irrisorio a recolectar frutos de manera sostenible y obtener un precio justo estás desde luego mejorando enormemente la relación con el mercado de estas comunidades, y creando incentivos para una conservación productiva del bosque.

Hay también otra realidad con la que tenemos que contar: muchísimos jóvenes de estas comunidades amazónicas están abandonando sus lugares de naci-

miento, para buscar mejores oportunidades económicas, y en muchos casos para estudiar carreras técnicas o en la universidad; se está produciendo un despoblamiento terrible por la marcha de estos miembros de las nuevas generaciones. La esperanza que tenemos es que bastantes de ellos acaben volviendo a sus lugares de nacimiento, y que con la preparación adquirida puedan promover la instalación y funcionamiento de lo que antes llamamos «bionegocios». Ésa es una de nuestras ilusiones.



Guardaparque con gamitana.  
Reserva Nacional Pacaya Samiria.

*PPG: ¿Cómo han funcionado por lo general los proyectos que se han desarrollado en las zonas deforestadas de la cuenca amazónica?*

El «modelo Brasil», que consiste en deforestar grandes extensiones para plantar soja, palma aceitera, o crear pastos, no funciona. Y eso que la zona sur, que es donde más se ha deforestado, es más plana. Según te acercas a los Andes el terreno es cada vez menos llano y mucho más pobre; llueve mucho más, y además muchas áreas planas se inundan con facilidad. Por eso, cuando se ha tratado de implantar en esa parte de la Amazonía el modelo agropecuario, siempre ha fracasado. Se ha llegado hablar del «factor amazónico», que ahora diré lo que es, para explicar estos fracasos.

Primero fue Henry Ford, que en los años 20 intentó crear una enorme plantación de caucho en Brasil que llamó «Fordlandia». Pensaba imitar las plantaciones del sudeste asiático, pero resultó un desastre; perdió muchísimo dinero. En los años 70 otro millonario americano, Daniel Ludwig, trató de instalar también en Brasil la mayor plantación del mundo de pulpa para papel utilizando el árbol conocido como *Gmelina arborea*. Otro fracaso absoluto. Por eso decía que se empezó a hablar del «factor amazónico» para explicar

estos grandes fracasos, que lo fueron a pesar de contar con la tecnología más avanzada de cada momento. Este factor es una combinación de limitantes que empiezan por suelos muy ácidos; clima muy cálido y muy húmedo, con frecuentes lluvias torrenciales; y abundancia de plagas y muy poca fertilidad del terreno. En la Amazonía occidental las lluvias son todavía más intensas (hasta 3500 mm anuales) y además se añade otra limitación: la sociocultural. Los indígenas, como decía antes, son cazadores, pescadores y recolectores, y siempre lo han sido. Nunca se ha conseguido que se acostumbren a modelos agropecuarios. A ellos les encanta ir a cazar y pescar, y no hay forma de convencerles de que dejen de hacerlo. Hay cosas que no están en su *chip*. Si les dices, por ejemplo, que hay que reforestar, te contestan: «palo no se come». Para ellos no tiene sentido plantar algo que no sea comestible, que no tenga «utilidad» inmediata.

Voy a contar una anécdota relacionada con lo anterior. Cuando yo estaba en la misión de Intuto, en la cuenca del río Tigre, intenté convencer a los indígenas de criar chanchos (que es, como dije antes, el nombre que allí le dan al cerdo) al estilo occidental, es decir, teniéndolos estabulados, en chiqueros, tal como le dicen en Perú a estos establos. Porque ellos entienden por «criar chanchos» el tener a los cerdos libres, como si fueran gallinas. Así pierden bastantes: a algunos se los come el jaguar, a otros les pican las serpientes..., pero no le dan importancia a estas bajas porque es una actividad que no les supone ningún trabajo. Yo les dije: «¿Por qué no los tienen encerrados, y les dan de comer todos los días? Así no se los comen el tigre ni los matan las víboras. Además, serán mucho más grandes, de 100 o 150 kilos, en vez de 20 o 30». Esto es lo que yo veía hacer a mis parientes en mi tierra, en León. Aparentemente los convencí. Les llevé a algunos indígenas más emprendedores varios *cazales* (parejas de macho y hembra) de chanchos de raza en una lancha, y al cabo de un tiempo, dos o tres meses, hablé con mi amigo Ayapullito, el indígena en el que tenía más confianza, de la comunidad que vivía en la boca del río Tigre con el Corrientes: «Ayapullito, ¿cómo van tus chanchitos?» Y me contesta: «Hermanito, los chanchos están bien, pero yo estoy jodido». Le dije: «Pero, ¿qué ha pasado? ¿Te han mordido los chanchos? Si son mansos; no muerden». Su respuesta fue la siguiente: «Ni a mis hijos los tengo que criar como a esos chanchos. Me tengo que levantar temprano para darles de comer, al mediodía también, por la tarde lo mismo, en la noche otra vez. Yo no puedo ser esclavo de unos chanchos. No tengo tiempo ni de ir al monte a cazar, ni a la *cocha* a pescar, ni a la *minga* (trabajo colectivo) con mis familias; mira, llévate mejor tus chanchos». Entonces

me di cuenta de que en mi pueblo leonés se acepta ese tipo de vida porque es algo cultural, tradicionalmente ha sido así, pero los indígenas aman la libertad; nunca van a aceptar un tipo de actividad que no les permita hacer lo que siempre han hecho: cazar, pescar, visitar a sus familias, ir al monte...



Indígenas achuar (grupo jíbaro). Río Corrientes.

Me pasó lo mismo con las piscigranjas, que estaba convencido de que iban a funcionar. Conseguí incluso que construyeran algunas, y en la charla que les di, me acuerdo que uno de mis argumentos fue que se podían ahorrar el tiempo que les llevaba llegar a remo hasta los lugares donde pescaban, y además evitar el calor del sol y la lluvia. Me acuerdo que después de explicarles todo esto, se levantó uno y me dijo: «*Uauquicito*, pero a nosotros nos *vacila* ir a pescar». Fue cuando me di cuenta de que lo que yo veía como un sacrificio, a ellos «les *vacilaba*», les divertía, tal como lo había expresado el indígena que asistía a mi charla.



Trueno pishco. (*Heterocercus aurantiivertex*).

PPG: Antes de acabar, y aunque no tenga relación con el asunto del que acabamos de hablar, quería preguntarle por un ave de la que creo que comentó

en alguna entrevista, y que en vez de colores llamativos utiliza otra técnica para atraer a las hembras, que me parece que es una especie de picado a gran velocidad.

Sí, allí le dicen el *Trueno pishco*, el «pájaro del trueno». Pertenece la familia de los manequines, que suelen ser muy coloridos; muy vistosos: rojos, azules, amarillos..., y además también utilizan danzas, además de los colores, para atraer a las hembras. Pero éste en concreto les llamaba mucho la atención a los científicos porque es de una coloración muy apagada, gris verdoso, y con una cresta naranja, que suele tener tapada. Su nombre científico es *Heterocercus aurantiivertex* (*Heterocercus*=cola desigual; *aurantiivertex*=cresta naranja), y a diferencia de los demás manequines, que tienen la cola corta y recta, éste la tiene, como su nombre científico indica, larga y graduada, en abanico. Y no se sabía el porqué de este diseño de su cola, parecido al de una agachadiza, con plumas bastante rígidas. Este manequín realiza danzas como las demás especies de manequines, pero no se junta con otros machos en un lugar concreto, bien conocido por las hembras, para hacer estas exhibiciones. Estos lugares se conocen como *leks*, que es una palabra alemana. Y yo conseguí averiguar qué es lo que hacía para atraer a las hembras, en lugar de las danzas de varios machos en un *lek*.

En primer lugar, me di cuenta de que los machos se situaban separados, a bastante distancia unos de otros, como medio kilómetro o más. Y luego supe que se elevaban hasta más de cien metros sobre el bosque, aunque nunca conseguí ver subir a ninguno. Lo que sí pude ver varias veces fue la bajada, que la realizan a muchísima velocidad, como un cohete, y frenan en seco justo antes de llegar a la copa de los árboles. Y es en esa operación, de bajada muy rápida y frenazo brusco, cuando hacen un ruido que es por el que los indígenas los llaman «pájaros del trueno». Es un sonido que se puede oír a bastante distancia; 100 metros o más. Es este ruido sibilante el que atrae a las hembras, y para conseguirlo necesita ese diseño de cola: contrae las plumas de las alas, y el aire, al pasar durante la picada por el hueco que forman contra la cola, crea ese sonido. También comprobé que siempre eran las mismas ramas sobre las que se posaban después de esta exhibición, y que cuando conseguían atraer alguna hembra, entonces sí bajaban a tierra y realizaban una pequeña danza para acabar de «enamorarla».

Otra cosa curiosa que pude comprobar es que si un macho deja de ocupar sus ramas por algún motivo, otro lo sustituye. Eso ocurrió en una ocasión cuando uno de ellos cayó en una red de neblina que yo había colocado, y se dañó un ala. Me lo llevé para curarlo, y

pensé que el lugar que él utilizaba iba a quedar vacío, pero al mes volví y ya había en él otro macho. Lo cual demuestra que los machos jóvenes conocen estos lugares, y cuando queda alguno libre lo ocupan. Estos descubrimientos los publiqué en el 2000 en un artículo en la revista científica norteamericana *Condor*.



Faisán de argos (Imagen de Internet)

*PPG: Ahora que habla de los recursos de los machos de las aves para atraer a las hembras, recuerdo haber leído, en alguna entrevista de las que le han hecho, que los colores llamativos pueden servir para transmitir un mensaje más o menos como éste: a pesar de resultar tan visible para mis enemigos he conseguido sobrevivir. Por lo tanto, tengo muy buenos genes.*

Sí. El ser muy llamativo dificulta mucho la supervivencia, porque resultas muy visible para los depredadores. Entonces, para evitarlos tienes que tener mucha energía física, mucho vigor. Tenemos por ejemplo el caso del pavo real, que tiene una cola enorme con colores espectaculares, pero a pesar de lo que le limita esta característica para volar o correr, es capaz de salir con vida de ataques de leopardos, por ejemplo. Es más curioso todavía el caso del faisán de argos, que evolutivamente tuvo que recurrir a hacer más largas y llamativas las plumas de las alas, en vez de las de la cola, porque a las hembras les dio por fijarse más en aquéllas. Y eso sí que es un auténtico problema, porque las plumas alargadas de las alas dificultan mucho el vuelo. Se encuentra por lo tanto el faisán de argos en una disyuntiva: renunciar a hacer largas las plumas de las alas, lo que tendría como consecuencia no atraer la atención de las hembras, o seguir alargándolas y ser presa fácil para sus depredadores: o la hembra o la supervivencia; ése es su dilema. Tiene que mantener un equilibrio entre las dos cosas: suficientemente grandes las plumas para atraer a las hembras, pero no tan grandes que le impidan huir de sus enemigos. De todas maneras, con ese tipo de alas, los que consiguen sobrevivir es porque tienen un extraordinario vigor físico, que es al final lo que valoran las hembras de su especie.

El pájaro del trueno, del que acabamos de hablar, es una de las aves que no recurren a características físicas (colores llamativos, plumas grandes...) a la hora de buscar ser elegidos por las hembras, sino que dan prioridad a la demostración de vigor físico.

Les voy a contar otra anécdota graciosa, que tiene cierta relación con esto, pero con los seres humanos. En una ocasión, en los primeros años de mi estancia en el Perú, viajé con unas veintitantas personas de varias comunidades hasta la comunidad indígena achuar de Belén de Plantanoyacu, en el río Corrientes, donde las íbamos a capacitar en temas de salud. Durante los días que pasamos allí yo salía temprano a la selva, a observar aves, y normalmente los indígenas me preguntaban, cuando me veían salir hacia la selva con mis prismáticos y mi escopeta, si iba de caza, porque no concebían que pudiera ir solamente a observar aves. A la vuelta siempre me preguntaban si había cazado algo, y yo siempre les decía que nada. Pasaron muchos días en los que me limité a observar pájaros y a oír y grabar sus cantos, pero en una ocasión escuché uno cuya voz no conocía, y lo colecté, para llevármelo a casa y estudiarlo. Cuando regresé al pueblo había un grupo de indígenas reunidos en una de las casas grandes que llaman *malocas*, y al entrar, me preguntaron: «*Yatsuru* (hermano), ¿qué tal la caza? ¿Qué has *muerto*? Toma un poco de *jamanchi* (que es una bebida fermentada de yuca propia de la zona)». Les dije: «Hoy sí he *muerto*». «Por fin», me contestaron, alborozados. Y, al sacar yo el ave del zurrón y comprobar que después de tantos días «de caza» sólo había conseguido atrapar un ridículo pajarillo, las carcajadas fueron generales. Por la tarde me dice la enfermera que me ayudaba con el curso: «¿Sabes lo que están comentando en la comunidad? Que ya saben por qué no tienes mujer. Nunca han visto un hombre tan *afasi* (inútil); un hombre que lleva una semana yendo al monte y sólo ha matado a un pajarito. Por eso les parece normal que no haya ninguna mujer que quiera a un hombre así».

Atardecía mientras Pepe continuaba desgranando sus increíbles vivencias peruanas como si fueran las cosas más normales del mundo, como si no tuvieran nada de especial, como si su existencia no tuviera ni hubiera tenido nada de extraordinario.

Nosotros, disfrutando al escucharle en el maravilloso jardín de la casa familiar, deseábamos que el sueño no terminara, que la lección de vida que José nos estaba dando durara para siempre.

\* José Álvarez Alonso, es un ornitólogo leonés, afincado en el Perú desde 1983, que vivió en la Amazonía por más de 28 años.

\* Fotografías del autor.

\* Fotografía de cabecera: Pepe Álvarez con paiche en el Reserva Nacional Pacaya Samiria. 1985.